



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 22. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Junio 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Explicación de los grabados, por doña Joaquina Balmaseda. — Lazo para corbata. — Túnica cerrada á un lado. — Túnica con el borde doblado. — Túnica abierta. — Dos diferentes trajes con túnica para niñas. — Vestido y polonesa de dos telas. — Vestido con túnica doble y echarpe á un lado. — Traje para niña. — ADORNOS DE NOVEDAD PARA TRAJES Y CONFECCIONES: Puntillas de tul ó granadina bordadas con azabache y piquillo de lana. — Fleco de azabache sobre tul. — Adorno con biesses, pasamanería y encaje. — Moteado de felpilla sobre tul. — Cenefa de tul plegado y azabache. — Velos de tul moteado y bordados de azabache. — Cinco distintos flecos para guarnecer confecciones. — Ramo bordado para trajes. — Botones de pasamanería.

— Encaje ruso hecho con trencilla de dos colores. — Dos mangas de novedad para vestidos. — Polsa para la labor. — Acerico con volantes y bordado. — Estudios prácticos para adornar vestidos y confecciones. — LITERATURA: Lecciones de urbanidad y decoro, por Francisco Guerrero y García. — La gratitud, poesía, por Jacinto Félix de Jaumar. — La mujer, poesía, por Enrique Príncipe y Satorres. — Las favoritas reales, por Salvador María Fábregues. — El cantor de los bosques, por X. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Los teatros, por la Baronesa de Wilson. — Variedades. — Explicación del Figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. LAZO PARA CORBATA.

Compónese de dos lazadas de seda con puntas deshila-
das, combinadas con plegados de tul ondeado y moteado
de cristal: las lazadas, de faya cortadas al biés, tienen un
ancho doblez hácia el derecho y las puntas van al hilo
para deshilarse: una corbata de faya plegada termina el
lazo.

2. CUBIERTA PARA SOMBRILLA.

Se corta la forma de la sombrilla en tul, y despues
con cinta de encaje irlandés se borda la cenefa, comple-
tando todo el fondo un moteado de tul: en algunos espa-
cios el tul va recortado y ocupados los cen-
tros por calados; pero seria preferible hacer
los calados en el mismo tul para mayor
consistencia de la labor. Los grandes ara-
bescos los muestran así.

3 y 4. TÚNICAS PARA VESTIDOS.

Estas túnicas pertenecen al gra-
bado núm. 1 de EL CORREO anterior,
y en la explicación de él quedan
suficientemente detalladas. Ade-
más se han dado los patrones
correspondientes para mayor
claridad. Ambas pueden ser
hechas en lanas ligeritas de
verano.

5 y 6. TÚNICA ABIERTA

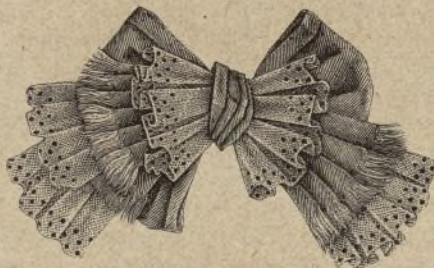
POR DELANTE.

(Patron: en el plie-
go por el revés, nú-
mero XI, fig. 45).

El patron contie-
ne en cifra todas
las explicaciones
de largo y vue-
lo, así como
los sitios en
que debe re-
cogerse la
túnica, pre-
sentándola
además por
el revés el
grabado núm. 7. Por los
lados va muy recogida
y cordones interiores
suspenden el pouf, mientras otros
que parten de los lados le recogen.
El adorno es un volante de 6 cen-
tímetros, muy poco fruncido, que
fija á la pegadura un doble biés y más alta una cinta de ter-
ciopelo. El lazo del costado se compone de un biés guarne-
cido de biesses y cinta de terciopelo.

7 y 8. VESTIDO CON TÚNICA PARA NIÑA.

Puede copiarse este traje en todo género de telas; el
número 7 está hecho con dos tonos de la misma, y el 8 es
de alpaca con adornos de seda en el color mismo. El pri-



1. Lazo para corbata.

mero lleva un volante á la inglesa con pliegues alternados
de color y túnica con vueltas de color claro, que vuelven
sobre la túnica, cerrada en todo su largo. El segundo
tiene á 4 cents. del borde un volante de 12 cents., orilla-
do de seda y montado á tablas, ribeteada la túnica igual-
mente de seda, de la que tiene solapas iguales á las del
modelo anterior.

9. TRAJE PARA NIÑA.

Corresponde este vestido á los que muestran los dos
últimos grabados del número anterior, y en ellos va la
indicación para los patrones y la explicación: es una
combinación de alpaca y tafetan de muy buen efecto.

10 y 11. VESTIDO CON TÚNICA DOBLE.

(Patron: en el pliego por el revés, núme-
ro VIII, figs. 35 á 39).

Llamamos doble túnica la de este mo-
delo porque lleva una aldeta ó pieza
postiza que va sobre la túnica soste-
niendo el pouf: á fin de evitar cos-
tura en el talle, se corta la túnica
ó pieza superior con el costadillo
izquierdo de la túnica, y el pa-
tron presenta el croquis para el
empalme. El grabado núm. 10
presenta el vestido por delan-
te, mientras el núm. 11 el
arreglo de la parte dere-
cha de la túnica: el prime-
ro es de tafetalina lisa
adornado de granadina
rayada colocada en
biesses: el segundo lle-
va la falda 4 biesses
de la misma tela,
cada uno de 5 cen-
tímetros, con biés
al pié y doble á
la cabeza, de
color más cla-
ro, siendo de
este mismo
tono la tú-
nica, que no
tiene más
adorno que

un biés de la tela misma
con cordón de seda á la
pegadura. El grabado

13 del número anterior muestra
esta misma forma de túnica com-
pleta por una esclavina. El cro-
quis indica asimismo los recogidos

y el modo de plegar la túnica superior, que se coge con una
de las costuras despues de tenerla adornada: el lado trasver-
sal estrecho se fija á la espalda despues de plegado, sugie-
rándole un lazo más ó menos rico: el borde superior de esta

2. Cubierta para sombrilla. Encaje irlandés sobre tul.

Ayuntamiento de Madrid

pieza sostiene el pouf hecho con la otra parte inferior de la túnica. El adorno del cuerpo figura chaleco, hecho con la tela misma del adorno.

12 á 14. PUNTILLAS Y FLECOS BORDADOS DE AZABACHE.

La moda de los adornos de azabache ha hecho inventar el medio de obtener puntillas y flecos más económicos que los que venden en los comercios: los tres que presentan estos grabados son fáciles de hacer por cualquiera señora.

El núm. 12 es una puntilla de grandina, en la que se cose un piquillo como el de encaje, pero de lana, y se borda en el centro de cada onda el moteado de azabache que muestra el dibujo.

El núm. 13 es un fleco hecho en tul, en el que se van poniendo ondas encontradas de azabache, y encima una tira lisa bordada con el mismo que figura el bié.

El núm. 14 es una variación de la 12, en la cual no hay más que una carrera de ondas de piquillo, cosido, como en la primera, con cuentas de azabache, y en el centro de cada onda un ramo con el mismo. Las tres son apropiadas para trajes y túnicas de faya negra ó cachemir.

11. ADORNO DE BIESES Y PASAMANERÍA PARA VESTIDO.

Se compone de un biés de la tela del vestido ó de tono distinto, con cabeza de pasamanería perlada y remate de encaje de lana. Es un adorno rico y que produce muy buen efecto. El encaje lleva también cuentas de azabache.

16 á 19. DOS VELOS DE TUL MOTEADO.

Los grabados muestran dos velos de tul doblados por la mitad y adornados con lindas cenefas. El fondo se puede redondear ó cortar en punta, en sus extremos, siguiendo las indicaciones del uno ó del otro grabado. Ambos modelos miden 32 cents. de ancho por 80 ó 90 de largo. Las cenefas grab. 16 y 18, que explican perfectamente la ejecución, se componen de tiras de tul de 5 centímetros de ancho, bordadas las motas con felpilla (véase grab. 16), ó bien adornadas con picots de lana y cuentas talladas, (véase el 18). Se une la cenefa al fondo bajo una hilera de picots sujetos con cuentas. El fondo lleva también un moteado de felpilla ó un sembrado de cuentas de azabache.

20. BOLSA PARA LA LABOR ADORNADA CON PINTURA SILUETA.

Nuestro modelo está destinado á contener una labor de punto de aguja ó de crochet, y mide 25 cents. de ancho por 32 cents. de altura. Se hace de piel inglesa, porque este es el tejido que más se presta á la pintura silueta. Sin embargo, puede reemplazarse esta con un bordado en soutache ó cadeneta ejecutado en blanco, encarnado ó negro, sobre fondo gris ó crudo. El borde superior de la bolsa está orillado con una cinta de reps de 2 cents. de ancho, que sirve también para hacer la doble jarreta á uno y medio centímetros de distancia del borde, y en la cual se pasan dobles cordones: estos miden 80 cents. de largo. Por abajo la bolsa termina con un fleco de madroños cuyo color haga juego con la cinta.

21. ACERICO.

Contornos del bordado: pliego del 2 de este mes, derecho, figs. 34 y 34a.

El acerico tiene 45 cents. de diámetro y 9 cents. de altura. Despues de haberle llenado con limaduras de hierro ó salvado se le reviste de una ligera capa de algodón. El adorno consiste primeramente en una cubierta de 13 cents. de grande y en tres volantes de tafetan y paño. El primero y último volante son de tafetan gris picado, y el del centro terminado en ondas y realizado con una guirnalda de flores bordada al pasado, cuyo grabado de tamaño natural, hallarán nuestras lectoras en el número anterior. Va orillada con trencilla de oro y largos puntos de perfil hechos con cordoncillo de seda negra, cuyo adorno rodea asimismo el bordado del centro. Los motivos triangulares de los cuatro ángulos van igualmente realizados con trencilla de oro y cordoncillo negro.

Los contornos del bordado se hallarán, como hemos dicho, en las figs. 34 y 34a del pliego correspondiente al 2 de este mes. El ramo del centro puede reemplazarse con una cifra cualquiera.

22 á 26. DIFERENTES FLECOS.

Se emplean nuestros modelos para guarnecer cubiertas de sillerías, portiers, transparentes y cortinajes cuando se ejecutan con cordoncillo blanco, mientras que si se ejecutan con lana ó seda pueden emplearse para guarnecer vestidos, confecciones, echarpes, etc. Se anudan los

cabos de hilo aislados en la tela si esta no es muy doble, pero si lo fuese se desfleca la orilla de la tela y se trabaja con esta como se ve en los grab. 23 y 25. La ejecución de estos flecos es sumamente fácil, tanto, que basta examinar con atención los grabados para sacarlos al instante. Sin embargo, para mayor inteligencia, indicaremos el largo de los cabos para los cinco diferentes flecos. El del modelo 24, es de 18 cents.; para los modelos 23 y 25, los cabos deben medir 15 cents. de largo; para el modelo 26, 10 cents., y para el modelo 22, solamente 7. El largo respectivo de estos cabos se entiende que es para tejer el pié, pues el del fleco es á voluntad y según lo requiera el objeto que se quiera adornar.

27 y 28. MANGAS DE NOVEDAD PARA VESTIDOS.

27. *Manga adornada con biés y solapa.*—Esta manga ha sido tomada de un precioso vestido de Biarritz gris pálido, guarnecido con dos tonos distintos del mismo color claro y oscuro. El volante, de 10 cents. de ancho, como asimismo la solapa, también de 10 cents. de altura por 13 de vuelo, van orillados de gris oscuro. El volante, terminado en la costura exterior de la manga por una gruesa tabla, está recogido por un lazo oscuro, mientras que la costura del volante se oculta bajo un ancho biés, también oscuro, ribeteado de claro. La solapa abrocha sobre la manga y los botones van cubiertos de la tela oscura.

28. *Manga bullonada.*—Un plegado de 8 cents. de ancho y un grueso bullonado dispuesto en pliegues contrariados, para lo cual se debe cortar la tela al biés, componen, juntamente con un lazo de la tela que se fija sobre el plegado en la costura exterior, el caprichoso adorno de esta manga, que se hará también con tela de dos tonos.

29. RAMO BORDADO PARA LA CHAQUETA SIN MANGAS QUE SE DIÓ EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Ya digimos en el número anterior que esta chaqueta es de reps de seda negra adornada con grueso ribete de raso, ancho encaje y un bordado al pasado. Estos bordados se ejecutan ahora por separado sobre linon verde dado de goma por el revés. Terminada la labor, se recortan los diferentes motivos para aplicarlos sobre la tela. El grabado 29 muestra un ramo del dibujo. La flor y el capullo se ejecutan con lana céfiro blanca y delgada; las hojas de la primera llevan puntos de realce con seda blanca y el capullo de seda rosa. Los cálices y el follaje son en dos tonos verdes, los troncos se van marcando con seda más clara y más oscura, haciéndose á punto de escapulario muy espeso para dar consistencia al bordado, despues que este se haya ido recortando. Los contornos del dibujo se refuerzan asimismo con un perfil hecho con seda de coser verde claro, aunque también pueden rodearse con un pespunte á la máquina.

31 y 32. DOS BOTONES DE PASAMANERÍA.

Ambos modelos son de suma novedad: el primero va realizado con azabaches, y el segundo, solamente de pasamanería, lleva un adorno elegante y caprichoso.

32. ENCAJES DE TRENCILLAS BLANCAS Y COLOR CRUDO.

Este encaje, de gran efecto, es de una ejecución sumamente rápida, y sirve para adornar túnicas, manteletas y toda clase de confecciones. El pliego por el revés da el entredós que acompaña á la puntilla, en la fig. 69. Creeríamos agraviar á nuestras inteligentes lectoras si nos extendiéramos en más detalles.

JOAQUINA BALMASEDA.

ESTUDIOS PRÁCTICOS

PARA ADORNAR VESTIDOS Y CONFECCIONES.

Continúan empleándose muchos bordados. Las señoras verdaderamente elegantes deben elegir por sí mismas los dibujos para que armonicen con el tejido y los encajes que generalmente los acompañan. Siendo la clase de bordado que se emplea fácil y de una ejecución muy rápida, aconsejamos á las señoritas que las borden, realizando así una grande economía, al paso que se procuran una ocupación agradable.

Vamos, pues, á dar algunos consejos para facilitar todavía más su ejecución. Si son volantes ó bieases los que se quieren bordar, se cortan primero y se unen; lo mismo sucede con los petos y solapas, pues estando cortados se dispone mucho mejor el dibujo.

Cuando decimos cortados, la palabra no es exacta, pues lo que se debe hacer es cortar un pedazo de tela cuadrado ó largo, según la forma del objeto, y dibujar sus contornos, no cortando los ángulos sobrantes sino cuando el trabajo está completamente concluido. Esto es muy esencial, pues es muy fácil, á pesar del cuidado de

la bordadora, tirar demasiado el punto y encoger la tela, sobre todo si esta es de un tejido ligero, y hallarse despues con el dibujo estropeado.

Para las túnicas y los vestidos deben ántes unirse todos los paños, para que el bordado se continúe sin interrupción por encima de la costura. Si no se hace de este modo, por más cuidado que se ponga, suele notarse algún defecto en la unión de los paños, lo cual le quita mucho mérito y desagrada á la vista.

Antes de terminar por hoy estos consejos, voy á indicar á mis lectoras un adorno muy lindo, que se puede poner por encima del falso en los vestidos lisos y al borde de las esclavinas y manteletas del mismo tejido que la falda. Se hace de batista, de tela de fantasía, pero sobre todo de faya.

Se corta una tira al hilo de 6 cents. de ancha; esta tira se corta otra vez á lo ancho de 6 en 6 cents.; de este modo se obtienen multitud de pedazos de 6 cents. cuadrados; entónces se doblan como un fichú y se cortan por la mitad, resultando así multitud de triángulos, que se forran del tono ó color oscuro, si la tela es de dos colores ó dos tonos, ó de un color que corte si el vestido es todo de un color. Despues se hace un pliegue á cada extremo del triángulo por el lado al biés, de un centímetro de profundidad cada uno, de modo que los dos lados al hilo formen una onda, cuya punta sale de la parte lisa, que queda en el centro entre ambos pliegues. Luego se van aplicando estas ondas la una encima de la otra alternando los colores. Cada triángulo no cruza sobre el otro más que desde lo largo de la onda al principio de los pliegues (cerca de 2 cents.), dejando sobresalir dos pequeñas alas. Este adorno es de un efecto precioso y de una novedad encantadora.

Otro consejo ántes de concluir: los trajes de batista gris de lino, crudo ó azules, que tanto se llevarán para viaje, campo y baños, se adornan con un volante de 35 centímetros de ancho, y encima una tira de batista de 15 cents. de altura bordada á la inglesa, compuesto el dibujo de grandes molinetes calados, feston de grandes ondas en el borde inferior y ondas pequeñas en el superior, el que descansa sobre el volante. La cabeza del adorno la forman dos bieases del vestido y volante bordado como la tira y ligeramente fruncido. Esta segunda parte del adorno, más ó menos ancho, guarnece la segunda falda, la casaca, las mangas y el gran cuello de solapas.

LECCIONES DE URBANIDAD Y DECORO.

(Continuación).

II.

DE LA DECENCIA.

—Venid, amados hijos míos, venid y sentaos aquí, á mi lado.

Los niños obedecen en el mayor silencio, sentándose alrededor de su papá. Este continúa:

—Pilar, recoge esas faldas; si esa silla es baja elige otra que sea más alta, á fin de guardar una postura más honesta. Es una grosería el repantigarse sobre el respaldo del asiento, apoyarse sobre los codos ó las manos, tener el cuerpo encogido ó moviéndolo de un lado á otro á manera de péndola.

Donatito, niño... No muevas tanto esa silla. Es indecoroso arrastrarla por el pavimento ó colocarla en sitio incómodo para los que van y vienen; asimismo lo es el escoger las sillas mayores ó un sillón, con preferencia á una de estas...

A ver, Carolina, ¿á qué levantarse en estos momentos sin una urgente necesidad, mientras los mayores permanecen sentados? ¿No ves cómo tus hermanos están quietecitos?

La niña, por excelencia dócil, no bien se hubo levantado de su silla, cuando al oír la protesta de su papá y sin atreverse á despegar los labios, vuelve á sentarse.

—No debeis olvidar el trato y respeto que debemos á nuestras personas, absteniéndonos de manosear y de mirar con curiosidad ciertas partes del cuerpo, y hasta es bueno acostumbrarse á sufrir algunas pequeñas incomodidades, sin menearse ó tomar alguna postura poco decente.

La cabeza debe llevarse con naturalidad, más bien derecha y elevada, sin dejarla caer hacia uno ú otro lado, ni menos responder con ella afirmativa ó negativamente á las preguntas que se nos dirijan. Y por ningún concepto debemos llevar las manos á la cabeza para rascarnos, purgar los oídos, ni aún para aderezarnos el cabello delante de personas de respeto, ni mucho menos dar muestras de indiferencia ó menosprecio por medio de ciertos gestos y visajes que siempre afean las gracias de

as niñas, que para granjearse el cariño de los demás han de ser por exaltencia dóciles y buenas.

¡A cuánto no se hace acreedor el niño ó niña que dócil á los consejos instructivos de sus padres y maestros se deja guiar dulcemente en el camino trazado por aquellos!

La indocilidad es siempre funesta para los niños que rechazan las luces de sus guías para arreglar su conducta. De ahí, no lo dudeis, viene la desgracia de esas infinitas criaturas que pululan por las calles y plazas á su libre albedrío, sin haber emprendido una carrera, arte ó oficio. Y lo más sensible aún es, que lejos de ellos, y cada día más la idea del estudio y del trabajo, virtud que ennoblece al sér humano; ¡ay, dan cabida en su seno al vicio y á la vagancia, originándose la miseria que existía en las grandes capitales y que vemos se propaga con extraordinaria rapidez hasta en los pueblos más pequeños, bien por efecto de las luchas instantáneas de los partidos, bien por efecto del poco celo de los padres en dar á sus hijos desde los más tiernos años una educación, si no esmerada, al ménos con arreglo á sus fuerzas, sean estas cuales fueren, y no hay escusa: á falta de recursos, el Ayuntamiento se encarga generoso de la educación de esos pequeñuelos; si les falta alimento, asilos tiene el pueblo donde cobijarlos, y allí la educación, el alimento y vestuario no escasea, y velan por ellos con tierna solícitud entendidos profesores y maestros. Que al hombre artista, al letrado, al hombre honrado... se le busca, se le rinde justo homenaje; nos agrada en fin su compañía, como que es un tesoro del saber; mientras que al vagamundo, al vicioso, esto es, al indócil, como insecto venenoso que es, le despreciamos, huimos de su lado porque su contacto, su presencia, nos repugna.

Guardaos, pues, hijos queridos, que un día puedan haceros ese ultraje; hoy es tiempo de corregirle, acaso mañana sería tarde.

Debe perdonarse una inadvertencia, un primer movimiento, un pronto, pero una continuada indocilidad... no.

Todo el mundo se deleita en instruir á los niños dóciles y se esmera en atenderles, porque ven que las lecciones que se les dan producirán, no cabe duda, ópimos frutos; por lo tanto, espero que seréis dóciles á los consejos del maestro, en los estudios y conducta, con lo que dareis una vez más pruebas de la decencia de vuestras personas.

FRANCISCO GUERRERO GARCÍA.

LA GRATITUD.

De pomposa enredadera,
Que el aura al pasar no humilla,
Alzábase placentera
La más gayá campanilla
Que orló jamás la pradera.

En espiral caprichosa
Con rozagante vestido,
Se abrazaba cariñosa
A la corteza nudosa
De un abedul carcomido.

Y diz que al ver su color
Prendóse el sol de la bella,
Que no desdeñó su amor,
Y á cada nuevo sol, ella
Abria una nueva flor.

Y veíanse deshojadas
A sus piés desparramadas
Otras flores que abatió
Rudo huracan, que agostó
Sus corolas delicadas;

Mientras que erguida y ufana
La enredadera galana
Cubria el seco abedul,
Abriendo una flor temprana
Del más purísimo azul.

Por tan rara maravilla
Al contemplarla admirado,
Pregunté á la campanilla:
"¿Quién eres tú, florecilla,
Que el viento cede á tu lado?"

Respuesta esperaba en vano
De la linda enredadera,
Cuando un arrayán cercano
Movió sus hojas ufano
Y me habló de esta manera:

"En esta rica floresta
Por cien arroyos regada,
Nació triste y olvidada
Esta flor bella y modesta
De las demás despreciada.

Lentamente iba creciendo
Viles ultrajes sufriendo,
Y al pié de ese árbol llegó
Que, su desventura viendo,
Firme sosten la ofreció.

Un día en que primorosa
Pintaba un nuevo capullo,
Una ráfaga impetuosa
Castigó al pasar, furiosa,
De las demás el orgullo.

Y gracias á los favores
Y singular proteccion
Del abedul, sus primores
Libró, y sus preciadas flores
De aquella devastacion.

Y como obligada viera
Desprovisto de verdura
Al que su sosten le diera,
Le vistió con su hermosura
Al llegar la Primavera."

JACINTO FÉLIX DE JAUMAR.

LA MUJER.

Ha dicho, no sé que autor,
y con justicia á mi ver,
que la más hermosa flor
de este mundo engañador,
es, sin duda, la mujer.

Y otro afirma, sin recelo
de que motejen su nombre,
que son hadas de consuelo,
interpuestas entre el hombre
y los ángeles del cielo.

Así, pues, el que ambiciona
dicha que á su gusto cuadre,
honre al sexo á quien abona
su triple y santa corona
de hija, de esposa y de madre.

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES.

Abril 1874.

LAS FAVORITAS REALES.

(Continuacion).

III.

DOÑA JIMENA NUÑEZ.

Gran fama como conquistador alcanzó Alfonso VI, pero no es ménos conocido como galanteador de las mujeres, á fuer de un cumplido paladín.

De sus seis matrimonios tuvo hasta nueve hijos, de los que solo le sobrevivió su sucesora doña Urraca.

Muchas son las mancebas que se le atribuyen, pero la historia solo hace particular mencion de doña Jimena Nuñez, dama de nobilísima estirpe emparentada con el rey.

Fué doña Jimena una mujer de sorprendente belleza, de pasiones vehementes, de costumbres poco recatadas. Rica, jóven y hermosa, vivía en la corte de Castilla con el áuge propio de una rica hembra. D. Alonso era espléndido y enamorado, y este fué el lazo que los unió.

Las pasiones del conquistador de Toledo, aunque impetuosas, porque habia nacido rey, tenían una tendencia noble y caballeresca. No se contentaba con poseer la mujer, queria honrarla con el título de esposa. Así procedió con Zaida la hija del rey moro de Sevilla Aben-Abet, á la que elevó al tálamo conyugal tan luego recibió la fé del cristianismo. Así hubiera procedido con doña Jimena, si el parentesco que los unia no hubiese sido un obstáculo para que la Santa Sede se opusiera tenazmente al concubio. Es preciso conceder esa justicia á las rectas intenciones de Alonso VI en tan delicada materia como era hollar la honra de una dama, sin ofrecerla la reparacion propia de un rey y de un caballero. Estas intenciones dieron márgen á que algun tiempo despues se suscitara acaloradas polémicas entre varios historiadores, que despues reseñaremos; ahora vamos á ocuparnos de la favorita y del cinismo con que se engalanó con el título de barragana del rey.

Los padres de doña Jimena fueron el conde D. Nuño Rodríguez y doña Jimena Ordoñez, hija del infante Ordoño el Malo, que á su vez lo era de Alonso IV el Mongé. Doña Jimena no podia ser de más noble origen, de modo que el rey no hubiera descendido aun cuando la hubiese

tomado por esposa, y á ser esto posible, nada más fácil, porque ya hemos dicho las intenciones que le animaban.

Galanteada por el monarca la dama, que no era ninguna Susana, se rindió pronto á su amador, porque en gran manera participaba de la pasion que por ella sentia. Sus amorosas relaciones fueron un continuado deleite, si hemos de dar crédito á lo que dicen autores que de esto tratan. Siempre entre fiestas, siempre en saraos y en torneos, lucian ella su hermosura y sus galas, el su gentileza y apostura. El rey la amó con tal pasion y tantas demostraciones de ello hizo, que pronto circuló por la corte el rumor de que la favorita habia dado un bebedizo á su amante y que le tenia hechizado. Antiguamente atribuian á malas artes esas pasiones, en las que el corazon se esclaviza, la voluntad se enajena y el pensamiento es abstraído por una sola idea. Doña Jimena estaba tambien tan enorgullecida de su deshonra, que por doquiera lo publicaba, y para que la posteridad no tuviera ni el más mínimo motivo de fluda, en su declaracion póstuma, es decir, en su epitafio, ella misma hace ostentacion del poco honroso título de amiga del rey. De estos amores nacieron dos hijas: Elivira y Teresa. La primera casó con el conde Raimundo de Tolosa, y doña Teresa fué la esposa de Enrique de Borgoña, fundador de la monarquía portuguesa, que como está visto, tuvo por parte de hembra origen bastardo. Aquí nos viene bien tratar de la polémica que ántes indicamos.

Ofendidos los portugueses de que se atribuya á sus reyes un origen bastardo, como efectivamente es así, han trabajado en vano por probar lo contrario. Andrés Rosende, escritor del siglo XVI, en su obra titulada *Cosas de Portugal*, apurando hasta los más sutiles argumentos, intenta probar que doña Jimena Nuñez fué la legítima esposa de Alonso VI y no su dama. Lo mismo han pretendido Braudon, Cristóbal Rodríguez, Duarte Nuñez y fray José Barbosa; pero todo el artificioso castillo de argumentos y pruebas por induccion y deducccion, que han presentado para negar la bastardía de sus monarcas, se cae por su base ante uno solo de los argumentos que en contra pueden aducirse. Probada la verdad del parentesco entre el rey y su dama, y sabida la malquerencia y enemistad que existia entre el monarca castellano y el pontífice Gregorio VII, que por otra parte era acérrimo enemigo de casamientos entre parientes, fácil es de conjeturar que no llegó á realizarse, ni aun con el carácter de privado ó clandestino como aquellos quieren, además que aun suponiendo que hubiera sido así, no tenia validez ninguna por no estar ajustado á las leyes del reino. Otro argumento de más fuerza puede presentarse. Cuando el rey entabló relaciones con doña Jimena era viudo de su quinta esposa, Isabel, hija de Luis, rey de Francia. Con el objeto de ver si conseguia un sucesor varon, contrajo sexto matrimonio con una princesa normanda llamada doña Beatriz, con la que estaba casado cuando ocurrió su muerte en 2 de Junio de 1109. Si efectivamente D. Alonso era en aquella época el esposo de doña Jimena, aunque fuera en secreto, incurrió en un delito de bigamia teniendo dos mujeres. ¿Puede creerse eso de un monarca tan cristiano, y que voluntariamente, apesar del encono y cuestiones que entre Roma y Castilla habian surgido, se sometió á lo dispuesto por el soberano Pontífice? La misma doña Jimena, que tal ostentacion hizo de su deshonoroso nombre de concubina, ¿qué no hubiera hecho á ser reina? Y como conclusion á todo esto, diremos que en 1128 falleció doña Jimena, siendo sepultada en el monasterio de San Andrés de Espinareda, en el Vierzo, del que habia sido la más decidida favorecedora; y que su epitafio, que ella misma compuso, vertido literalmente del latin, dice así:

Aquella á quien Dios libre de la pena
Ximena por el nombre,
Del viudo rey Alfonso fué amiga.

La riqueza, la hermosura y el linaje,
Las costumbres, las galas,
Me rindieron al gusto del amante.

A mí y al rey los hados rigurosos
Sugetaron al filo de la Parca,
De quien no se libra lo más fuerte.

Si de mil y doscientos
Quitás tres veces diez con otros cuatro,
Inferirás la era de mi muerte.

SALVADOR MARÍA FÁBREGUES.

(Se continuará).

EL CANTOR DE LOS BOSQUES.

El ruiseñor, que en la antigüedad era una especie de armonía legendaria reservada al éxtasis de los poetas, ó un harpa cadenciosa escondida en las profundidades de los bosques sagrados, representado tal vez por un ave divina, exornada con toda la hermesura y con todos los

colores de la bella y esplendente Ornithología, ha llegado á ser en estos tiempos el poblador de nuestras flores y jardines y el huésped regalado de los camarines de nuestras mujeres. Desde que las hijas del Dauro y del Genil dieron en aprisionar al dulce cantor de la Alhambra y del Generalife, el ruiseñor ha tomado plaza de doméstico favorito en los salones cortesanos.

Nuestros lectores encontrarán, pues, oportuno que consagremos hoy algunas líneas al mágico cantor, cuyas melancólicas notas les habrán más de una vez encantado en las tibias y perfumadas noches de la primavera. Sin duda que, como nosotros, han de execrar la blasfemia artística atribuida á Voltaire, de que *la música es el menos malo de los ruidos*; frase en cuya sinceridad no creemos, y que siempre nos hemos explicado como una mera extravagancia, engendrada por el prurito de sorprender con dichos raros é insólitos, achaque muy común desde antiguo en la versátil frivolidad del carácter francés.

Pero aparte de la admiración y ardiente entusiasmo que sentimos por el divino arte de Orfeo, concurre en nosotros una circunstancia especial que casinos impone como un deber de gratitud el ocuparnos hoy de los ruiseñores.

A la verdad, nuestro espíritu ha sido algunas veces dulcemente conmovido por las vagas y armónicas lucubraciones de los Mozart ó Rossini; otras fuertemente arrebatado por los cadenciosos torrentes de los Verdi ó Meyerbeer; más las luces, los espectadores y esos mil incidentes que interrumpen inevitablemente todo público espectáculo, nos han retenido siempre, excepto muy cortos instantes, en la esfera de la realidad, en la región de la vida, aunque poetizada con la pálida y melancólica decoración de los recuerdos: hemos descansado un punto en el Oasis, mas sin que su fresca verdura haya podido ocultar enteramente á nuestros inflamados ojos el ondulante Oceano de abrasada arena que constituiría los límites de nuestro desierto, confundiendo por todas partes con el blanquecino cielo como obligado horizonte. Al lado de estos encantos artísticos en un mundo de ficciones, hay otros naturales en el mundo real y positivo: los placeres de la música de las aves en la angusta soledad de los campos, á los que hemos debido largas horas de felicidad, escuchando con el ánimo absorto los acordes trinos del ruiseñor, del rey de los cantores de la selva.

En el estudio del reino animal, este pájaro tan conocido é interesante, está colocado como especie en el subgénero de las *Curruca* ó *Silvias*, que pertenecen á la numerosa familia de los *Pico-finos*, órden de los gorriónes. Muchos Ornithólogos le consideran como el tipo de un género, al cual asignan por caracteres principales: pico frágil, recto y fino, la boca muy hendida, uñas corbas, comprimidas, puntiagudas y las alas largas.

Este pájaro es el ruiseñor ordinario (*Mostacilla luscini* de Linneo; *Sylvia luscini* de Scop.), tiene de longitud de 16 á 17 centímetros, de un moreno rojizoporencima, y gris blanquizco por debajo: la

cola un poco más roja; construye su nido en los matorrales, sobre un arbusto, con yerbas, hojas secas, plumas, etc. El nido es muy profundo y poco sólido, donde deposita la hembra cuatro ó cinco huevecillos de un azul verdoso. Estos pájaros se alimentan de pequeños insectos, larvas, etc. Parece probado, como dice Buffon, que los ruiseñores emigran en invierno. El Gran Ruiseñor (*Mostacilla philomela* de Beekr: Lus-

cinia philomela de Ch. Bonap.) es una especie un poco más grande, de 17 á 18 centímetros de longitud; de un pardo oscuro, el pecho ligeramente matizado de tintas grises, y procede de las regiones orientales de Europa.

El ruiseñor, una vez cautivo, no se reproduce, y su educación ofrece muchas dificultades, pues la pérdida de la libertad le contrista tanto que las más de las veces muere á consecuencia de una especie de nostalgia. Para las personas que poseen un parque, ó siquiera un jardín medianamente sombrío, es más agradable gozar del canto de estos pajarillos sin necesidad de enjaularlos, pues que ellos

anidan contentos en la enramada sin espantarse de la proximidad del hombre. El atraerlos es sumamente fácil, ofreciéndoles una franca hospitalidad. Para esto, se colocan en el paraje más espeso y silencioso de un bosquecillo una piedra ahuecada donde el

avecilla encuentre siempre agua para refrescarse, y un platillo con gusanos de afrecho, que es su alimento predilecto. Sin embargo de lo que dejamos expuesto, como es posible existan muchas personas que sin poseer parques ni jardines deseen tener ruiseñores, vamos á referir la manera de cogerlos y criarlos.

En el Otoño se les caza fácilmente con lazo, líria ó con la ballesta

ordinaria de red, que es el medio preferido por los cazadores más hábiles; pero en esta estación, como ya han criado, soportan muy penosamente la pérdida de la libertad. La mayor parte de ellos enferma y muere pasadas algunas semanas de prision, y en todos los casos cesa de cantar. Por el contrario, cuando se les coge pequeños, antes que hayan sentido el celo, se puede muy bien acostumbrarlos á la jaula.

Así, pues, en Marzo ó Abril, al comenzar la Primavera, es el momento más oportuno para cazarlos. Para conseguirlo hay que ir por la tarde al sitio donde se han oído cantar, y después de escoger el terreno que parezca más conveniente para tender la red ó la ballesta, se remueve la tierra, esparciendo sobre ella gusanos de afrecho. Si al volver á la mañana siguiente los gusanos han desaparecido, el cazador deberá estender la red, ocultarse y tratar de atraer al pajarillo imitando el silvido de la hembra. Acontece alguna vez que es preciso repetir la operación varias mañanas consecutivas para obtener el éxito. Una vez cogida el ave, es preciso esperar algún tiempo, y si se oye cantar al macho, es que la que está en

nuestro poder es la hembra, en cuyo caso se la debe poner en libertad y tender nuevamente la red hasta cazar el macho.

Una vez en nuestro poder y puesto en la jaula, se cuidará de darle cada dos horas corazón de vaca crudo y menudamente picado, para lo cual hay que abrirle suavemente el pico, introduciéndole el alimento con auxilio de una brochita, y dándole

después un poco de agua. La jaula debe colocarse en un paraje silencioso y sombrío, cubriéndola con un paño verde. Cuando el pájaro manifieste de-

seos de comer, se le deben dar gusanos de afrecho, sustituyéndolos después de los primeros días por una pasta confeccionada con corazón de carnero ó vaca, cañamones y miga de pan, desmenuzados todo junto. De vez en cuando conviene darles algunos gusanos de afrecho á la mano, pues así se logra domesticarlos con más facilidad y prontitud. También debe tomarse la precaución de colocar



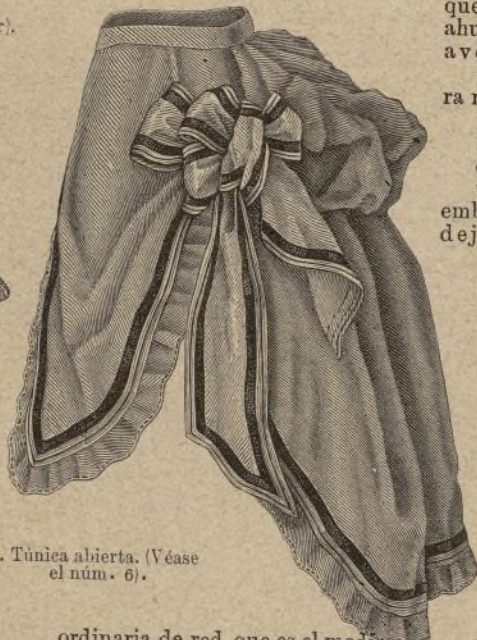
3. Túnica cerrada á un lado. (Véase el núm. 1 del Correo anterior).



4. Túnica con borde doblado. (Véase el núm. 2 del Correo anterior).



5. Disposicion interior de la túnica núm. 5.



5. Túnica abierta. (Véase el núm. 6).



7 y 8. Traje con túnica para niña.



9. Traje para niña. (Véanse los últimos grabados del núm. anterior).



10. Polonesa con túnica doble. (Véase el núm. 11).



11. Polonesa con túnica doble. (Véase el núm. 10).



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Senoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

la jaula en sitio resguardado del frío, al cual es muy sensible esta avecilla.

Algunas personas prefieren coger el ruiseñor pequeño, cuando aun no ha dejado el nido. Para esto es necesario ir al despuntar el día ó al caer de la tarde al sitio donde se ha oído cantar, y cuidadosamente oculto observar con atención los movimientos de los padres. Una vez descubierto el sitio donde se oculta el nido por los pios de los pequeños, hay que esperar á que hayan volado los padres antes de acercarse, cuidando de no cogerlos si no están ya cubiertos de pluma: apoderado del nido se le debe poner en paraje abrigado y tranquilo. Ya hemos descrito la pasta con que se les debe alimentar, á la cual se puede añadir un poco de perejil y amapolas. Hay que darles de comer de hora en hora, desde el amanecer hasta el oscurecer, y por medio de una esponjita empapada en agua se les da de beber tres ó cuatro veces al día. Tan pronto como se puedan sostener sobre sus patas, se les coloca en una jaula cubierta de musgo: al cabo de unos veinte dias comienzan á comer solos, y entonces se les debe separar.

Como la cria de los ruiseñores exige minuciosos cuidados, que, á más de su dificultad, rara vez reemplazan á los que los padres les habrían consagrado, debemos procurar apoderarnos de estos tendiendo redes por las inmediaciones del nido. Si lo conseguimos se les encierra con la cria en un cuartito ó pajarrera con poca luz, cubriendo el suelo de musgo y yerba. Casi siempre los ruiseñores olvidan el disgusto de su prision por dedicarse á criar sus hijitos, evitándonos así los muchos cuidados que exige aquello. El instinto de la paternidad es tan pronunciado en esta avecilla, que si se coloca una echadura de ruiseñores al lado de un macho viejo, enjaulado despues de mucho tiempo, los adopta inmediatamente, los alimenta y los cuida como si fuesen sus propios hijos.

También se pueden colocar los pajarillos recién cogidos en una jaula abierta, junto al paraje donde ántes habitaban, en la seguridad de que tan pronto como los vean los padres entrarán y saldrán en la jaula para alimentarlos con el mismo celo que en su propio nido.

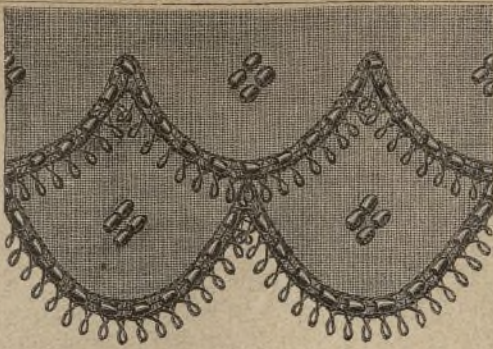
Si los ruiseñores recién nacidos, cogidos en la Primavera, se crían más fácilmente, en cambio los cogidos en el Otoño cantan y se domestican mucho más pronto. Si se quiere, se pueden enseñar á este gran músico toda clase de aires, para lo cual basta hacérselos oír; mas todas estas tocatas que el ruiseñor aprende y repite con pasmosa facilidad, no valen lo que su canto natural. El mejor medio, pues, para abreviar su educación, es colocar la jaula en parte desde donde pueda oír á otro ruiseñor, cuya voz esté ya perfectamente formada.

El ruiseñor, llamado de *Muralla* ó *Cola roja*, naturalmente salvaje, se presenta en nuestros campos en el mes de Abril y los abandona para emigrar de nuevo en el Otoño. Habita generalmente en lo alto de los edificios, prefiriendo los que estén deshabitados, ó en los bosques y selvas. Construye su nido en los huecos de los añosos árboles, y se alimenta de insectos y frutas tiernas. Es susceptible de educación, pero solo cuando se le coge pequeño, ántes de que haya podido abandonar el nido; fuera de este caso, es muy difícil su conservación, y si no muere, permanece triste y silencioso.

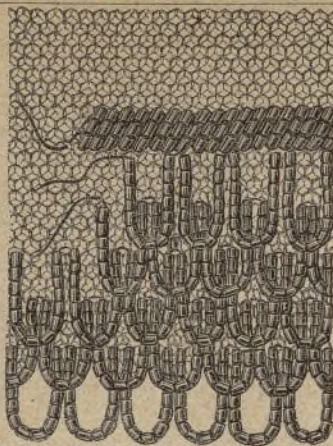
Explicadas ya las costumbres del preciado ruiseñor, encanto del hombre, ya salvaje en la selva, ya doméstico en nuestros salones, concluyamos el artículo con la descripción de su divina música, debida á la eminente pluma del sabio naturalista Buffon; descripción tanto más bella, cuanto que con su poesía imitativa, parece como que sigue y concierta con todos los mágicos acordes y armoniosos sonos del canoro pajarillo.

No existe una sola ave á quien el ruiseñor no desluzca y eclipse por lo completo de sus diversas aptitudes y la prodigiosa variedad de sus gorgoros, de tal modo, que la canción entera de cualquiera de aquellas es solo una estrofa de la del ruiseñor. Este encanto de continuo y jamás se repite, al menos servilmente; si reitera algún pasaje, lo anima con nuevos acentos, lo embellece con nuevos adornos; brilla en todos los géneros, para todo tiene expresión, imita todos los caracteres y sabe además aumentar su efecto por los contrastes.

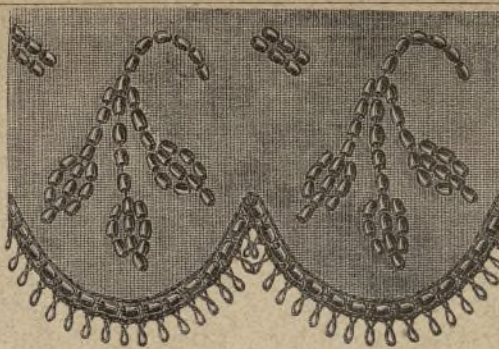
Cuando este rey de la Primavera se prepara á entonar el himno de la naturaleza, comienza por un tímido preludio, por tonos débiles, casi imperceptibles, como si quisiera probar su instrumento



12. Puntilla sobre tul ó granadina bordada de azabache y piquillo de lana.



13. Fleco de azabache sobre tul.



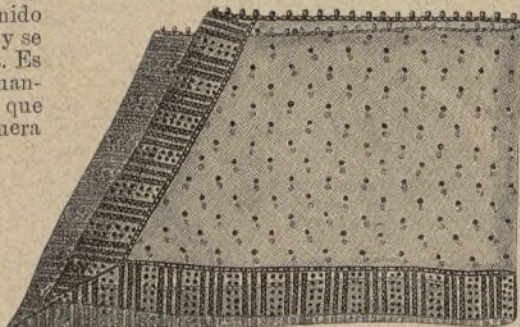
14. Pantilla sobre tul ó granadina bordada de azabache.



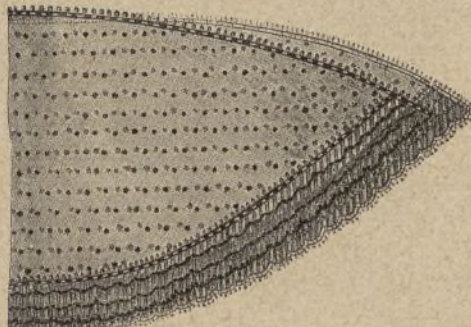
15. Adorno para traje con bieses, pasamanería y encaje.



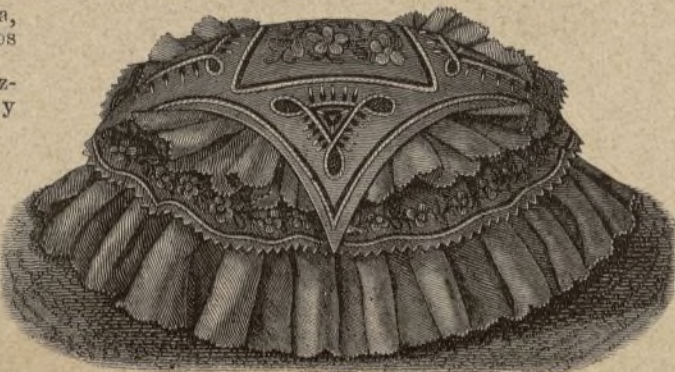
20. Bolsa para la labor.



17. Velo de tul moteado. (Véase el núm. 16).



19. Velo de tul moteado. (Véase el núm. 17).



21. Acerico.

é interesar á los que le escuchan; mas bien pronto, cobrando seguridad, se anima por grados, se acalora y despliega en su plenitud todos los recursos de su incomparable órgano, brillantes trinos de garganta, tocatas vivas, ligeras; cadenciosas centellas en que compiten la limpieza y la volubilidad; débiles

y sordos murmullos que nuestro oído no puede apreciar, pero muy propios para realzar el encanto de los que percibimos precipitados y sonoros acentos, articulados fuertemente y hasta con cierta dureza de buen gusto, que forman verdaderas cascadas de armonía; quejumbrosos silbos blandamente modulados; sonidos mezclados sin arte, pero lanzados con ímpetu, sonidos encantadores y penetrantes; verdaderos ayes de amor y suspiros de voluptuosidad, que parecen salir del corazón y que hacen palpar todos los pechos, causando á cuantos tienen alguna sensibilidad una dulce emoción y la más conmovedora languidez.

X.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

De pronto oyó el toque argentino de una campana, que resonó en su corazón como un eco delicioso, produciéndole estremecimientos de delirante júbilo.

No había duda: aquella era la campana querida de su aldea, era la bendita campana que había saludado su nacimiento, y marcado cada una

de las horas de su vida.

La hubiera reconocido entre mil; estaba seguro de que su timbre era distinto del de todas las demás campanas.

Su son era para él como para el desterrado el eco de las canciones patrias.

Lo que tocaba en aquel momento era el *Angelus*, la mística plegaria de la noche, que sumerge el alma en deliquios tan puros é inefables.

Máuro escuchó con fervido regociamiento sus pausadas vibraciones, que iban repitiendo sucesivamente los ecos lejanos de los montes y los valles, y cuando se extinguió la última, exhaló un profundísimo suspiro, pareciéndole que todo había concluido para él sobre la tierra.

Pensó en Isabel, pensó en su madre, de quienes creía estar ya separado por muchas leguas, y experimentó un indeliberado regocijo al convencerse de que todavía respiraba el mismo aire que ellas, que escuchaba al par que ellas el son de la campana amiga.

A pesar de eso no cambió de resolución, no flaqueó su constancia. Antes por el contrario, examinó con ansiedad el paisaje buscando la perdida senda.

Quiso entonces su buena suerte que empezase á dibujarse en el horizonte una claridad blanquecina, y pronto la reina melancólica de la noche dejó flotar en el espacio su manto de luciente plata.

A favor de sus rayos, Máuro pudo reconocer que se hallaba en Clunia, sitio que conserva este nombre entre Inestrilla y Cervera del río Alhama, porque en algún tiempo se elevó allí una poderosa ciudad romana llamada de este modo. Aunque Clunia fué destruida hasta los cimientos cuando la irrupción de los bárbaros, todavía se ven los vestigios de sus fortificaciones y monumentos que indican cuánta debió ser su riqueza y poderío.

La fortaleza que la resguardaba, se eleva en la cima de un monte escabroso é inaccesible, horadado en mil partes por cuevas labradas á pico; y son tantas estas, y están tan bien ordenadas, que

forman calles subterráneas, por las cuales se puede caminar casi un día entero.

Por la parte del río baja costeano el monte una escalera abierta á pico en la misma Peña, de la que solo se conservan todavía algunas gradas.

La fortaleza está rodeada de un foso de extraordinarias dimensiones, abierto también en Peña viva, y se reduce á algunas almenas y desmoronados baluartes cubiertos de musgo, que amenazan sin cesar desplomarse sobre el valle.

La falda de la montaña en donde estuvo fundada la ciudad, pertenecía á doña Ruperta, y era el último lindero por aquel lado de sus vastas posesiones.

Máuro, que muchas veces había ido á buscar idolillos de metal y monedas antiguas entre los escombros de la ciudad, nunca había subido á aquel monte desnudo de vegetación y ennegrecido con

las lúgubres bocas de las cuevas, que le infundía un terror supersticioso.

Aunque había aprendido á leer y á escribir, no tenía instrucción ninguna. Su imaginación rica y vigorosa, que no podía alimentarse con nada serio, se deleitaba en reproducir los cuentos de trastos, aparecidos y fantasmas con que le habían divertido en su niñez los groseros criados de su casa. Era supersticioso y crédulo.

No hubiera retrocedido delante de un bandolero, y temblaba á la sola idea de un vestigio. Si aquel monte le causaba un pavor inexplicable visto á los rayos del sol, ¿cuál no sería el que embargó su ánimo al hallarse solo en aquel sitio, en medio de la oscuridad pavorosa de la noche!

No quería ya retroceder; no sabía por dónde adelantar.

La mitad del terreno que pertenecía á su madre estaba cultivado, la otra mitad se reducía á un vasto pedregal sembrado de columnas truncadas, rotos chapiteles y arcos derruidos.

Aquellas ruinas, envueltas en los negros velos de la noche, proyectaban en el suelo sombras interminables, y parecían espectros diseminados por el campo.

No les faltaba tampoco su voz lúgubre. El viento, que gemía al chocar contra sus ángulos recortados, remedaba los lamentos de seres sobrenaturales.

Máuro avanzaba, no obstante; pero tan ¡despavorido, que sus ojos se iban oscureciendo y flaqueando sus fuerzas por momentos.

Al fin le fué preciso detenerse. Además de su pavor, estaba exhausto de sed, de hambre, de fatiga, y aniquilado por las emociones violentas de aquel día.

Creyó que iba á morir: tuvo remodimientos por haber abandonado á su madre, y postrándose humildemente, pidió perdón á Dios con tono fervoroso.

Pero cuando quiso levantarse no pudo. Estaba entumecido, casi yerto. Sentíase acometido por una extraña somnolencia que entorpecía sus movimientos y paralizaba sus ideas.

Se tendió en el suelo y reclinó la cabeza sobre una piedra, permaneciendo mucho tiempo en un estado indefinible. No podía darse cuenta á sí mismo de si dormía ó velaba. Las ideas cruzaban por su imaginación confusas y en tropel, fatigándole y desvaneciéndole. No tenía conciencia del sitio en donde se hallaba, ni de los sucesos que le habían conducido á aquel sitio, y no obstante, oía distintamente los murmullos del viento y de las aguas, y veía los peñascos inmóviles y negruzcos destacarse sobre el azul del cielo.

De pronto le pareció ver también que de las grietas de la tierra salían reflejos misteriosos.

Reconcentró toda su atención sobre aquel punto, y no le cupo duda de que los reflejos subterráneos avanzaban lentamente hacia el sitio en donde él estaba reclinado.

Aquella visión extraña redoblaba su pavor; sintió oprimírsele el corazón y que inundaba su cuerpo un sudor frío.

Cerró los ojos, y al través de los párpados, siguió viendo los mismos pálidos fulgores.

—Quizás esté soñando, pensó, quizás sea víctima de una angustiosa pesadilla.

Hizo un esfuerzo violento para despertar, pero su cuerpo parecía de plomo y no pudo moverse.

Solo acertó á desviar la piedra sobre la cual descansaba su cabeza, y entonces fué peor. Entonces no fueron los reflejos, sino la misma luz, la que hirió de lleno sus pupilas.

La piedra había dejado en descubierto un gran boquete que daba á una estancia octógona y abovedada, en la cual se veían amontonados muchos cofres unos sobre otros.

La luz avanzaba siempre, y era una mujer la que la llevaba.

Cuando llegó á aquel sitio, la mujer puso la luz en el suelo, se arrodilló junto á uno de los cofres, y sacó un llavero, del que pendían infinitas llaves.

Máuro hasta creyó oír el ruido metálico que producían al chocar unas con otras.

La mujer aplicó una de aquellas llaves á la cerradura del cofre, le abrió, y salieron de él, como de la caja de Pandora, mil chispas brillantes y deslumbradoras. Lo que contenía eran barras de oro y plata; abrió otro cofre y le pareció un campo sembrado de flores, tantos eran los matices de las piedras preciosas amontonadas en él; abrió el tercero, y esta vez la mujer hundió sus manos en un verdadero mar de perlas.

Máuro recordó el tesoro que un tío suyo había traído de América, y que debía ser inmenso, pues había necesitado nada menos que once acémilas para transportarlo á Inestrilla.

Pero por una singular ilusión óptica, las perlas tan pronto le parecían perlas como lágrimas; lágrimas que

se elevaban hasta él y le ahogaban con su líquido cristalino.

El movimiento de angustia que hizo para sustraerse al peligro con que le amenazaban debió producir la caída de algunos granos de arena en el subterráneo, porque la mujer levantó vivamente la cabeza.

Máuro quedó transido de pavor.

Aquella mujer era su madre!

Fuera de sí, desatentado, se levantó, echó á correr, subió á la cúspide de la montaña, descendió por la escalinata de piedra, y no paró su insensata carrera hasta que le detuvo el Alhama que corría apaciblemente entre los cañaverales.

Rayaba el alba, y su sonrosada luz devolvió la calma á su espíritu agitado.

Había sido verdad aquella visión? ¿Había sido tan solo una angustiosa pesadilla?

Aquellos terrenos pertenecían á su madre; el tesoro existía realmente; pero la misteriosa escena nocturna á la que había creído asistir, ¿no sería producto de la exaltación de su fantasía?

Máuro acabó por creerlo así, alentado y vivificado por la luz del sol, que ahuyenta las tinieblas del espíritu al par que las de la naturaleza.

Vadeó el río, se informó de unos labradores que salían con sus mulas al campo de cuál era el camino que conducía á Soria, y llegó á la antigua ciudad aquella misma tarde.

Pero ¡cuán pequeño y anonadado se sintió al entrar por sus puertas, al ver cruzar por todas partes una multitud desconocida, que no le concedía ni siquiera una mirada de interés ó simpatía!

Entonces se apoyó en los pilares de una Iglesia, y lloró en silencio al comprender su soledad y absoluto desamparo.

Largo tiempo pasó absorto en penosas reflexiones, sin que la idea de volver á su casa se ofreciese ni por un instante á su conturbada mente.

Las primeras sombras que invadieron el suelo le recordaron que necesitaba buscar una guarida para aquella noche. Entró en la Iglesia, que estaba desierta, y se ocultó en un confesonario resuelto á esperar en él el día siguiente.

No había comido ni bebido en muchas horas; pero estaba rendido de fatiga y necesitaba dormir. Por fortuna nadie descubrió su asilo, y no despertó hasta que el sol, penetrando por las ojivas ventanas, inundó de luz el confesonario.

Entonces salió calladito, pasó por delante de algunas devotas, que habían acudido á oír la primera misa, y abandonó la Iglesia.

Ya en la calle, vió un grupo de albañiles que se ocupaban en hacer algunas reparaciones en la fachada del mismo templo.

La determinación que tomó fué tan rápida como todas las que había tomado desde hacia dos días.

Acercóse al capataz, y le rogó con tono modesto, pero digno, que le permitiese á él también transportar capazos de arena, dándole en cambio únicamente la comida.

Su aire distinguido, sus finos modales, su rostro melancólico pero en el que estaba pintada la resignación, interesó vivamente al capataz, que no solo le concedió lo que pedía, sino que empezó por brindarle con su propio almuerzo.

Prolijo sería contar cómo estuvo más de tres meses ejerciendo aquel modesto y penoso oficio, alternando con sus toscos compañeros, durmiendo con ellos en un desván, comiendo con ellos en medio de la calle, sin quejarse, sin que flaquease su valor ni un solo instante.

Dícese generalmente que el fuego oculto por largo tiempo debajo de la ceniza, es más temible si llega á estallar algún día, y esto había sucedido con las pasiones de Máuro, comprimidas siempre por la severidad despótica de su madre.

Durante aquellos tres meses logró que la benevolencia del capataz se convirtiese en exaltado afecto, y que merced á su calurosa mediación, el arquitecto que dirigía la obra le tomase para llevar sus cuentas.

A las cuatro reglas se reducían sus conocimientos matemáticos; pero Máuro ayunó muchos días para procurarse un libro maravilloso, que le enseñó lo que no sabía, aunque fué á costa de largas y penosísimas viglias.

Se pasaron dos años más, y pudo entrar de tenedor de libros en casa de un comerciante, en donde desempeñó su cometido con tal celo é inteligencia, que éste á su vez le otorgó un sincero y entusiasta afecto.

Fiel á su palabra, no había escrito á la dulce amada de su alma, no había procurado tener noticias suyas.

Estaba seguro de ella como de sí mismo; estaba seguro de que jamás faltaría á la santidad del juramento que los unía, y esperaba con calma que el porvenir le trajese en sus alas la ventura.

Dos cartas había recibido de su madre; la primera llena de amenazas; la segunda de halagadoras promesas, y á ambas había contestado en términos respetuosos, pero sin cejar en su propósito.

La decía que quería ser hombre, viviendo á sus expensas propias, y que en un plazo más ó ménos lejano daría á Isabel el título de esposa, porque á esto le obligaban su amor, su conciencia y su fé de caballero.

Sobre estos dos puntos no admitía ni discusión ni transacción ninguna.

Cuando doña Ruperta acudió á los halagos; fué porque había agotado las persecuciones. Al principio había recurrido á la justicia para recobrar á su hijo á viva fuerza; pero éste era mayor de veinticinco años, observaba una ejemplar conducta, y nada pudo hacer la curia para devolvérselo. Defraudada esta esperanza, procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance malquistarle, primero con el arquitecto y luego con el comerciante; pero ámbos se habían interesado vivamente por Máuro, y desestimaron sus manejos.

Entonces, en el paroxísimo de la cólera, mandó llamar á su notario, y de acuerdo con él, y dando al suceso la mayor publicidad que la fué posible, fingió otorgar su testamento en favor de Juditas, para mayor desprecio, y envió á su hijo una copia del simulado testamento.

Máuro la contestó en términos muy cariñosos, diciéndola, que acataba su voluntad y se sometía á ella con tanta más resignación, cuanto que había pensado en lo sucesivo debérselo todo á sí mismo.

Expresar lo que irritó á la altiva dama esta respuesta cuando se lisonjaba de haber dado el golpe decisivo, sería imposible. Baste solo con decir que tenía ochenta años, que había quedado huérfana y libre de sus acciones á los quince, y con mucho dinero y un carácter dominante, nunca había hallado en torno suyo ni la más leve resistencia.

Mejor éxito obtuvo, como era natural, en Inestrillas, no por medio de la persuasión, que tampoco le dió allí resultado alguno, sino por medio de la violencia.

Empezó por querer comprar á Isabel y á su padre ofreciendo á éste una gruesa suma de dinero, y á aquella darla un rico dote y casarla con el joven más aventajado del pueblo.

—Yo no puedo vender el alma de mi hija! había respondido con noble dignidad el tío Salustio.

Su alma es libre, y nadie más que Dios puede exigirle cuenta de sus sentimientos.

—Soy esposa de Máuro ante Dios, había respondido con arrebatado entusiasmo la virtuosa joven, y ni todos los bienes de la tierra, ni todos los suplicios, me harían faltar jamás á la fé jurada.

—Veremos si resiste á los suplicios como ha resistido á las dádivas, se había dicho á sí misma doña Ruperta. Resiste á las dádivas, porque espera obtener mejor fortuna.

Su alma, sordida y avara, no podía comprender más sentimientos que los del cálculo y la codicia.

Inauguró sus persecuciones quitando el arrendamiento de sus fincas al tío Salustio y despidiendo á sus hijos.

Por una aberración muy frecuente en el mundo, todos adulan el poder, por más que no esperen de él ni el más leve beneficio. Preciso es admitir, al contemplar tan extraño fenómeno, que el poder encierra en sí mismo cierta magia irresistible que todo lo subyuga.

Los habitantes de Inestrilla, que nada debían á doña Ruperta más que desaires y humillaciones, no se atrevieron á amparar á la familia proscrita por su saña, y bastaba que ella la hubiese echado de su casa, para que ninguno de sus individuos pudiesen hallar trabajo en ninguna parte.

Con esto tuvieron que consumir en la inercia sus escasos ahorros, y bien pronto vieron penetrar á la miseria en su humilde albergue.

Y como cuando la fortuna vuelve la espalda á alguno se la vuelve por completo, sucedió que al hijo mayor le tocó la suerte de soldado.

Bien había previsto este caso la prudente Mariana, y bien había puesto todos los meses en una hucha, desde antes que naciera el niño, una pequeña cantidad destinada á redimirle del servicio cuando llegase la época funesta; pero el hambre la había obligado á romper la hucha salvadora, y tuvo que entregarle á la ley con el alma destrozada en mil pedazos.

El hijo segundo, que se sentía con fuerzas y deseo de trabajar y ser útil á sus padres, partió á su vez para unas minas rayanas á Portugal que se estaban explotando á la sazón con sumo éxito.

El primero y el segundo mes recibió el tío Salustio el producto casi total de su trabajo; pero al tercero recibió en vez de esto la triste noticia de que una explosión traidora le había arrebatado la existencia.

Y el pobre padre murió de pesadumbre, repitiendo sin cesar en su agonía:

—¡Dios me perdonará, porque yo no podía vender el alma de mi hija!

Y la pobre madre, si no murió, quedó clavada en el lecho del dolor, sin más amparo ni consuelo que su hija, débil y valetudinaria como ella, y que no pudiendo hallar trabajo, se vió obligada á tender la mano para implorar una limosna, que los más compasivos no le concedían sino á hurtadillas.

La venganza de doña Ruperta fué completa y terrible, pero no pudo permanecer oculta, pues si bien la joven, fiel á su promesa, ni escribió á Mauro ni intentó por ningún medio que llegasen á su oído sus desdichas, este las supo por boca de los habitantes de Inestrilla que pasaban sin cesar á Soria á evacuar sus diligencias.

Entonces Mauro tomó una resolución decisiva. Escribió á su madre una larga carta en que la firmeza estaba templada por el amor y el respeto, manifestándole cuanto había ocurrido en su última entrevista con Isabel, la constancia con que ámbos, acatando sus órdenes, habían permanecido extraños el uno al otro, sin escribirse ni una sola carta, apurando en silencio todos sus sufrimientos, y concluyó con este párrafo, que aunque en buenas formas, encerraba una amenaza:

«Teníamos ámbos puesta nuestra esperanza en Dios, esperando que él la tocaría á V. alguna vez en el corazón, y cambiando sus sentimientos respecto á nosotros, la induciría á acompañarnos al altar para tener dos hijos amantes y respetuosos, en vez de uno solo; pero la deshecha tormenta que ha hecho V. estallar sobre esa desgraciada familia, no me permite aguardar ese dichoso día.

«Yo no puedo consentir que la que ha de ser mi esposa vaya mendigando una limosna y vea morir á los suyos de hambre y de miseria.

«Varias veces he procurado, ya directa ya indirectamente, remitirla algún socorro; pero Isabel se niega á admitir nada que no sea de la mano de un marido, y si V. persiste en no aliviar su triste suerte, me veré precisado á hacer lo que de ningún modo hubiera hecho sin su consentimiento.»

Doña Ruperta, al recibir esta carta, soltó una estridente carcajada, y desconociendo aún el carácter de su hijo, se dijo á sí misma con satisfacción:

—Ya es mío! Ya cede, ya suplica! Busca rodeos para humillarse, y por poco que yo apriete el dogal al cuello de Isabel, caerá á mis plantas de rodillas.

Y así lo hizo, procurando que despidieran á la joven de una casa á donde iba á coser, y dejando sin respuesta la carta de su hijo. Ni siquiera pasó por su imaginación la idea de que este pudiera llevar su desobediencia hasta realizar su amenaza.

Pero como la primera vez, tan violenta medida produjo un resultado muy contrario al que ella imaginaba...

Cuanto Mauro la decía era verdad. Isabel y su madre habían rechazado todo ofrecimiento de socorro directo ó indirecto, y nada había podido vencer su noble delicadeza.

Creyó Mauro que la última acción de su madre y su despreciativo silencio le autorizaban para poner término á tan angustiosa situación, y escribió á Mariana manifestándole que estaba resuelto á casarse con Isabel, ya que por su culpa había llegado á ser el blanco de tantas desventuras.

Resistieron las dos mujeres temerosas de mayores daños; pero ámbas estaban ya vencidas por el infortunio, al que acababa de poner el colmo la noticia de que el joven militar destinado á América, había sucumbido al vómito en aquella Isla.

Mariana en particular, que veía su salud muy quebrantada, y que se estremecía á la idea de dejar á su hija en semejante abandono, acabó por acoger la proposición de Mauro como un beneficio del cielo, é instó á Isabel para que la aceptase.

Convínose en que el matrimonio permanecería secreto por entonces, para evitar una pesadumbre á doña Ruperta; pero esto era lo que menos le importaba á Mauro; lo que le importaba era que las dos infelices mujeres no se negasen á recibir el fruto de su trabajo, y á esperar con desahogo días más afortunados.

Una mañana, ántes que las avejillas dejasen su nido, ya habían las comadres dejado su lecho, y reunidas en corro á las puertas de las casas cuchicheaban en voz baja.

Sin duda debía tratarse de un gran suceso, debía ser muy importante la noticia que con tanto afán se comunicaban las unas á las otras, á juzgar por sus ojos centellantes, sus encendidas mejillas y el desorden de sus movimientos.

En esto apareció doña Ruperta, que iba como de costumbre á la primera misa, acompañada del pajeillo que llevaba su silla de tijera y su libro de oraciones.

Pero el lacayo no se asemejaba ya á un mono alegre y

revoltoso. Su mirada había adquirido una extraña fijeza, la expresión de su rostro era torva y sombría.

Andaba con paso mesurado, llevaba la cabeza erguida y no saludaba á nadie.

Es que abrasaba su corazón de niño una fiebre devoradora; es que agitaban su mente infantil mil ideas extravagantes de grandeza.

Su posición no había variado en lo más mínimo, vestía su misma ridícula librea, más ridícula aún porque le venía estrecha y corta, era tratado poco más ó menos con la misma aspereza que los lebreles de la casa; pero él estaba persuadido de que existía un testamento á su favor, y aunque no dejaba de comprender, porque poseía una lucidez poco común de ideas, que todo aquello no era más que una pura farsa para asustar á Mauro, que él no era más que un heredero de comedia, torturaba sin embargo su imaginación escogitando los medios de que las burlas se tornasen veras, aunque fuese convirtiendo la comedia en tragedia lamentable.

Una vez, cuando en Inestrilla no se hablaba más que del famoso testamento, agazapado detrás de una puerta, había sorprendido el siguiente diálogo entre su padre y su madre:

—Calla, Anacleto, decía el primero, es hasta un enorme pecado, ya que no fuese una insigne locura, pensar en ello. D. Mauro es el legítimo heredero, y por más que su madre esté enojada con él, no puede quitarle lo que es suyo.

—¡Cerrarias tú la puerta si las aguas del arroyo trajesen á tu casa las pepitas de oro? decía su madre. Deja correr las aguas por donde quieran ir, Ambrosio. Si don Mauro es un mal hijo, tenemos nosotros la culpa! Si Isabel es una atrevida ambiciosa, tenemos culpa en ello! No! Y si mi señora me pregunta mi parecer, ¡podré dejar de decirle las faltas de uno y otra! No señor!

Deja, Ambrosio, deja. ¡Quién sabe si algún día nuestro hijo será el dueño de este palacio y de todas las tierras, que apenas puede abarcar la vista cuando se sube á lo alto de la torre! ¿Y no es digno de poseerlo nuestro Judas? Tan fino, tan aventajado?

Por poco que él adule á la señora, por poco que logre hacerse querer de ella...

El niño no quiso escuchar más.

El loco sueño que acariciaba se iba convirtiendo en realidad, el fantasma impalpable se volvía tangible ante sus ávidos ojos.

Desde entonces empezó á adular á su ama, por cuantos medios estuvieron á su alcance.

Obedecía á sus menores deseos con la rapidez del rayo, y cuando ella hablaba, cruzaba las manos sobre el pecho y la contemplaba con ademan estático.

Por desgracia no era este el camino para captarse la benevolencia de la rígida anciana. Doña Ruperta no prestaba atención á sus manejos, y despreciaba como ántes á su improvisado heredero.

(Se continuará.)

LOS TEATROS.

Apenas hace algunos años que en la capital de España existían dos ó tres teatros, y estos generalmente poco concurridos, y sobre todo, sin aliciente alguno para la clase del pueblo; pero hoy, si bien la literatura dramática se encuentra algo decaída y el estilo ligero, superficial y puramente de recreo material, reina casi por completo, se ha despertado aun en las clases más ínfimas el amor á la escena, y multitud de teatros brindan distracción y amenidad al público madrileño.

Pero entre todos, pocos, muy pocos son los que rinden verdadero culto al arte, ántes por el contrario, nos presentan en su mayoría márgas, bailes, óperas bufas y creaciones de mal gusto, á las que en vez de apoyar el desarrollo de la literatura dramática, la hacen languidecer y vegetar, llevándola hácia su total decadencia.

Hemos visto que durante los últimos meses de invierno el Teatro Español, descendiendo de su categoría, apeló al recurso de *Las Manzanas de oro* para atraer al público, consiguiendo efectivamente un buen resultado para la empresa, pero asestando otro golpe mortal á la literatura dramática.

Sin embargo de todo lo expresado, cuéntanse todavía artistas de corazón y de talento que, á costa de grandes esfuerzos y enormes sacrificios, han luchado sin desmayar contra la corriente, y procuran conducir á las letras y á las artes hasta seguro puerto.

El primero en ese camino es el digno empresario de Apolo, D. Manuel Catalina, pues sabidas son las inmensas dificultades que ha tenido que vencer durante toda la temporada teatral, aumentándose estas con la situación política del país.

Multitud de obras originales, debidas á la pluma de nuestros primeros autores, se han estrenado en el coliseo de la calle de Alcalá, en donde ha encontrado apoyo todo aquel que demostraba inteligencia y dramático ingenio, pareciéndonos que para la próxima temporada, ya sea en el teatro Español, ya en el del Circo, en donde actúa la escogida Compañía del Sr. Catalina, debe continuarse su honroso, noble y digno propósito, sin descender ni cejar, pues todos los pensamientos levantados reciben al fin su recompensa.

El hombre de mundo y Mujer gazmoña y marido infiel, han sido las últimas producciones puestas en escena en Apolo, y que aun cuando ya conocidas del público, no por eso han dejado de ser aplaudidísimas, particularmente la última, porque con dificultad podría exigirse un desempeño más acabado.

Matilde presenta un tipo que ni un momento decae, y la perla de nuestras actrices revela una vez más su privilegiado talento, ese talento que la hace siempre joven y digna de la admiración y del respeto.

Emilia Danzan nada deja que desear en su papel de madre, y pone en relieve sus condiciones de buena actriz, y Eloisa Bagá también desempeñó el suyo con acierto y naturalidad.

Catalina es un *Fernando* delicioso, sobrepasando á cuanto pudiera decirse, pues sabido es que siempre hay novedad en él, y que su claro ingenio crea el personaje hasta el punto de que el público no ve al actor, sino admira la realidad.

Mariano Fernandez haciéndose aplaudir siempre en cuantos papeles desempeña con su natural acierto, y Florencio Romea y Julian Romea, bien.

Quien bien ama... original del Sr. Martinez, y desempeñada por las señoras Bagá, Ruiz, Varela y los señores Fernandez, Calvo y Romea, ha obtenido buen éxito.

También se ha estrenado la preciosa comedia de Scriba, *Sueños de amor*, traducida y arreglada al castellano por un conocido escritor.

Justos y merecidos elogios deben tributarse á la empresa del teatro Jovellanos por su buen acierto en escoger las mejores obras del antiguo repertorio y alternándolas con otras nuevas: *El Molinero de Subiza* fué una ovación para la Srta. Uriondo y para el Sr. Dalmau.

El dominó azul tuvo buen éxito, y también se cantará en breve *El estreno de un artista*: nuestra felicitación al Sr. Salas.

La señorita Spelterini, digna rival de Blondin, y que por su maravillosa habilidad adquiere cada día mayores simpatías, llama al Circo de Price numeroso público, y de aplaudir son esos ejercicios, en los cuales la vida y la salud están en juego.

Los aficionados á los conciertos del Retiro están de enhorabuena, pues este año los dirigirá el Sr. Oudrid.

Por qué vemos desierto el Circo de Madrid? ¿Por qué á pesar de la Pinchiara, siempre ligera, aérea, vaporosa, bella y admirada, el público no corresponde y se aleja de aquel coliseo?

Aconsejamos á el Sr. Rivas que suprimiera *Satana* y reformara algún tanto ciertos detalles del teatro, que desagradan y motivan la soledad diaria que se advierte.

El Sr. Rivas, con algo de actividad y un pequeño esfuerzo, podrá lograr buen éxito, y volver á tener llenos como los de *Brahama*; el talento de los empresarios estriba en buscar lo que más fije la atención del público, y aún perdiendo, eliminar lo que no sea de su agrado.

Las rifas del Retiro, á favor de los heridos en campaña, son notables y de éxito seguro.

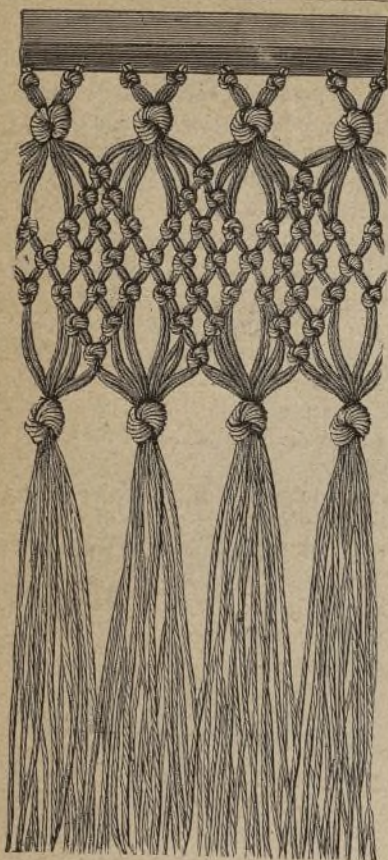
También en la plaza de toros se ha dado una corrida dispuesta por la asociación de la Cruz Roja, distrito del Hospicio: el producto de la función se destinó al socorro de los heridos, siendo todavía mayor la concurrencia que en el distrito de Buena-Vista.

Lo variable de la temperatura, las lluvias y vientos que reinan favorecen á los teatros, y no hace muchas noches que en Romea no se podía conseguir un solo billete.

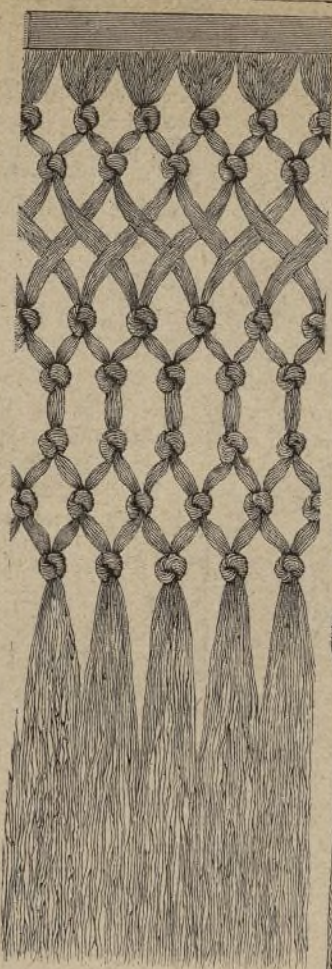
El teatro del Prado y los conciertos del Retiro empezarán con las primeras brisas, más suaves que las de estos últimos días, y hasta Agosto actuará también el teatro de Apolo, que por sus condiciones debe ser un agradable recreo para el verano y en donde lucirán sus trajes blancos y su elegancia las damas madrileñas.

Como se ve, promete la próxima estación ser fecunda en diversiones y hacernos menos pesadas las horas, que si bien corren con demasiada rapidez, la impaciencia humana, quiere aún ver desaparecer más pronto.

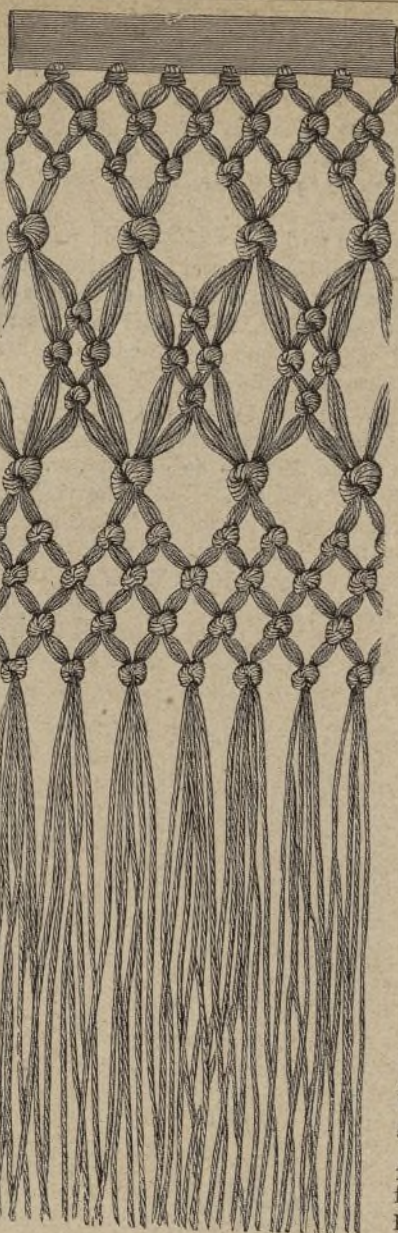
BARONESA DE WILSON.



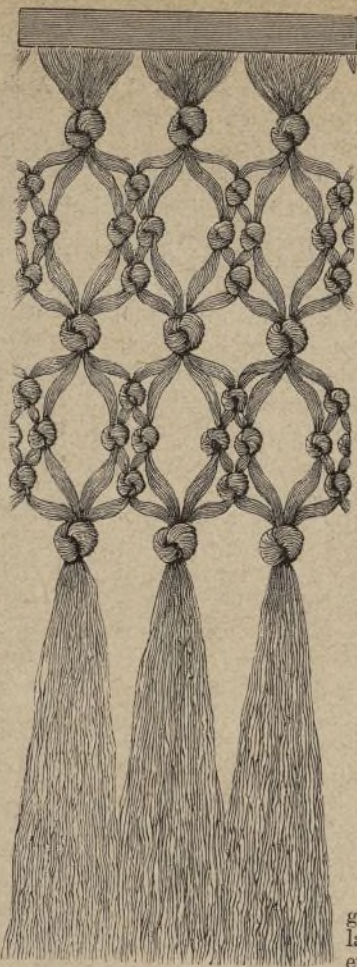
22. Fleco anudado.



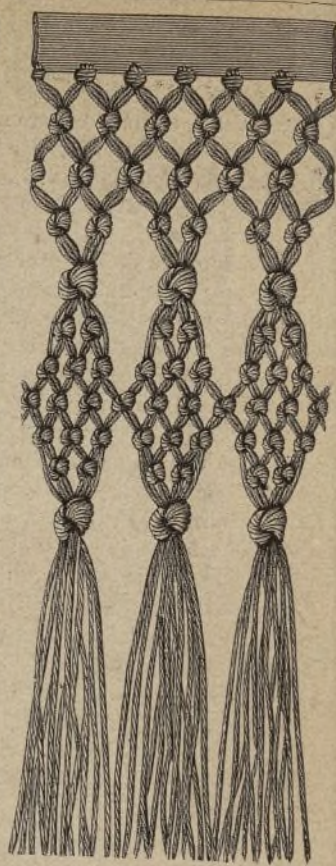
23. Fleco anudado.



24. Fleco anudado.



25. Fleco anudado.



26. Fleco anudado.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

AGUA DE PLATA PARA EL TOCADOR.

En tiempos calurosos se necesita refrescar el cutis tanto como el estómago, y esta agua es excelente para calmar su irritación.

Tómese la cáscara de un par de cidras, la de un par de naranjas, y pónganse en un cuartillo de agua de río destilada, mezclándolas con azúcar muy blanco y bien molido y dos dracmas de canela fina y quebrantada.

Cuando la mezcla está bien disuelta se destila en un alambique al baño María, poniendo el producto de esta destilación en una botella y tapándola cuidadosamente.

Entonces se baten en una fuente unas hojas finísimas de plata, con un poco del líquido, obtenido hasta que se reduzcan á pequeñas partículas, y se echan en la botella, teniendo cuidado de agitarla á menudo para que la parte de plata acabe de disolverse cuanto sea posible, y no se vaya al fondo impulsada por su gravedad, dejando el líquido incoloro.

Debemos advertir que la plata nada influye en la bondad de la preparación, contribuyendo tan solo á darle un color sumamente agradable á la vista.

Al cabo de algun tiempo puede emplearse esta agua para perfumar pañuelos y vestidos, para desinfectar los aposentos, rociando con algunas gotas el suelo, y aun mezclándola aguar-diente en regular cantidad y más azúcar en proporción á la parte alcohólica añadida, se obtiene un agradable licor que templará mucho la sed.

En la Corredera Baja de San Pablo, núm. 14, se ha establecido una nueva casa de comercio titulada "La Exposición de Viena", que hemos visitado con particular detención, admirándonos el surtido y la novedad de los géneros, así como lo módico de sus precios: las suscriptoras de EL CORREO DE LA MODA podrán por sí mismas



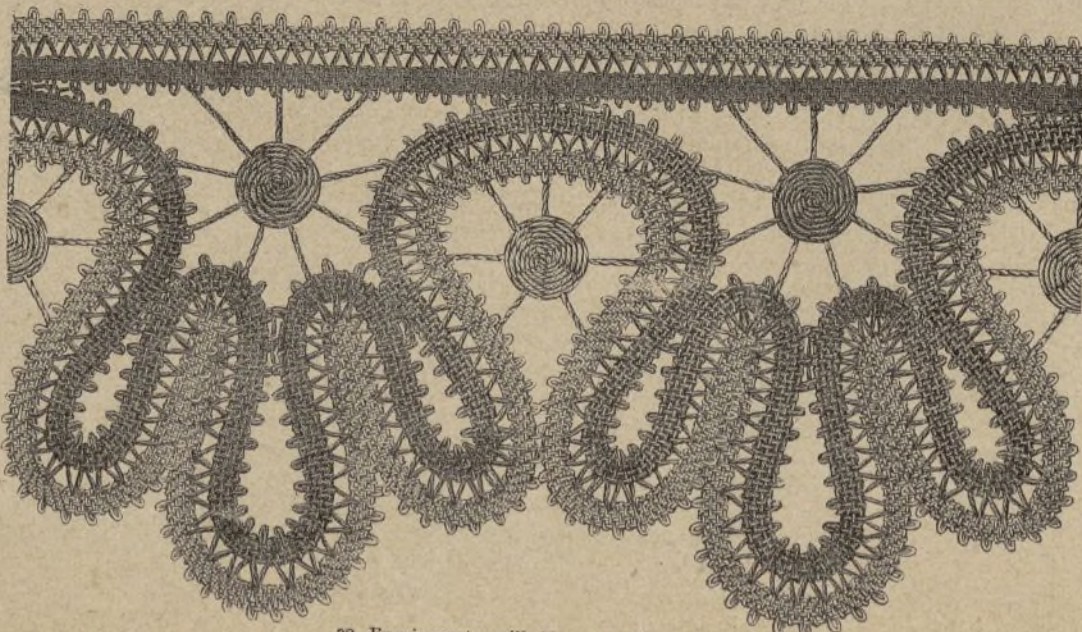
27. Manga para vestido.



29. Ramo bordado para la chaqueta sin mangas del número anterior



28. Manga para vestido.



32. Encaje con trenceilla blanca y color crudo.



30. Boton de pasamanería y azabache.



31. Boton de pasamanería.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1125.

TRAJES DE VERANO PARA NIÑAS Y NIÑOS.

FIG. 1.^a — Traje para niña de 10 años. — El vestido es de biarriz rosa, adornado con tiras de seda

granate, dispuestas en picos sobre la falda. Botitas rosa y lazo rosa en el cabello.

FIG. 2.^a — Traje de paseo para señora. — Vestido de sultana seda y lana, habana claro, adornado de cachemir reseda con ribetes blancos de seda, y sombrero de crin blanco, forrado de faya reseda y guarnecido con pluma blanca y grupo de rosas.

FIG. 3.^a — Traje para niño de 18 meses. — Vestido de piqué blanco festonado con negro y ceñido al talle con una banda anudada atrás, fondo verde y rayas blancas y rosa en sus extremos. Botitas verdes pespunteadas y terminadas de arriba con una ruche blanca.

FIG. 4.^a — Traje marinero para niño de 6 á 8 años. — La chaqueta y el pantalón son de paño ligero color castaño, con cuello blanco cuadrado y solapas de foulard azul.

FIG. 5.^a — Otro traje marinero para niño de 10 años. — Chaqueta suelta y pantalón de paño ligero azul marino, guarnecido con trenceilla blanca de lana. Cuello cuadrado de batista orillado con una puntilla negra de frivolidé. Sombrero de hule con cinta azul, cuyos cabos descienden flotando sobre la espalda.

FIG. 6.^a — Traje de paseo para niña de 8 años. — Vestido de poplin de seda gris perla, guarnecido con foulard rosa. Sombrerito toca del mismo género gris perla, con lazos rosa y botitas también rosa.

FIG. 7.^a — Traje para niño de 4 á 5 años. — Vestidito-blusa de valencias negro, adornado con terciopelo negro y botones dorados. Cuello de puntas y corbata ce-reza; botitas de cabritilla.

FIG. 8.^a — Traje para niña de 4 á 5 años. — Falda lisa de batista cruda; túnica de la misma tela adornada de volantes. El cuerpo es de escote cuadrado y sin mangas, dejando ver la camiseta suiza de nanzonk. Botas de cabritilla color crudo y lazo blanco en el cabello.

FIG. 9.^a — Traje para niña de 12 á 14 años. — Falda y mangas de foulard á rayas blancas y malva; túnica y cuerpo con aldetas de

seda malva. Las ruches que la adornan van ribeteadas en sus dos orillas con foulard gris perla, siendo asimismo gris perla el cinturón y los lazos. Toca Médecis de igual color, adornada con una media corona de rosas, pluma malva y lazos grises. Zapato escotado con escarapela de seda malva.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid